



La dueña del establecimiento: Zoila Errázuriz o Subercaseaux...



Dos «enfermos» que padecen de delirio místico.

EN LA CASA DE ORATES

Completando la información gráfica que publicamos en el número pasado, la semana última hicimos una nueva visita a la Casa de Orates.

En la primera información sólo alcanzamos a ocuparnos de una parte de este extenso establecimiento, donde se asilan estos pobres enfermos que la sociedad aísla de su seno, tratando de devolver la salud a esos cerebros perturbados.

El señor Inspector General D. Abraham Gómez con exquisita amabilidad se dispuso a guiarnos a través de los largos pasadizos y espaciosos dormitorios.

Atravesamos el complicado laberinto de patios y callejones donde numerosos enfermos se entregaban a sus desgraciadas perturbaciones y llegamos al gran pabellón N.º 4, recién terminado.

Es una sala extensa con una hermosa galería que sirve a los alienados de comedor a las horas oportunas. En el interior se veía una doble fila de camas alineadas con la corrección y orden que sólo se ve en las cuadras de los cuarteles. Por todas partes una limpieza extremada, el piso bruñido y reluciente, salivaderas en sus sitios correspondientes y sobre todo mucha ventilación y mucha luz.

Al frente del pabellón se extiende un hermoso jar-

dín del cual cuidan con gran cariño los mismos alienados. De allí pasamos a la sección de mujeres.

Era la hora de comida y todas las enfermas se encontraban recogidas en las galerías.

Un cuadro que nos impresionó de verdad, fué cuando la Madre Geralda nos presentó a un grupo de niñas que sufren las degeneraciones que le legaron sus padres.

—Son epilépticas, nos dijo la Madre Geralda, acariciando con solicitud maternal una cabecita de pelo negro, cara pálida y ojos turbios, sin expresión.

—Y lo peor, agregó, que todas estas pobrecitas son mudas. Una de éstas sólo dice: papá.

Al seguir nuestra visita se nos presentó ante nosotros un tipo curioso de alienada: la «Zoila Errázuriz» según ella se denomina.

Vestía un traje grotesco y chillón y lucía un sombrero lleno de cintajos y flores en una aglomeración ridícula y graciosa.

—Sabe idiomas, nos dijo nuestro acompañante.

La Zoila, para corroborar el aserto, sacó del bolsillo de su delantal un folleto y nos dió algunas explicaciones sobre la enseñanza de idiomas.

—El español se lee así, como toda la gente, pero el alemán se tiene que leer atravesado.

Luego se puso a simular



La Madre Geralda con varias niñas mudas y epilépticas.

que leía en alemán y aquello era una verdadera jerigonza, un guirigay espantoso, gritos guturales y gesticulaciones simiescas.

—Es, nos dijo el señor Gómez, una de las enfermas más serviciales. Ella reparte la comida, cuida del aseo y se cree casi dueña de toda la sección.

Al atravesar el patio de las locas peligrosas, presenciamos un espectáculo triste y doloroso. Al vernos las enfermas se avalanzaron sobre nosotros dando alaridos.

—Debemos salir de aquí, nos dijo el señor Gómez, porque cuando ven gente extraña se excitan de tal manera que resulta un poco expuesta nuestra permanencia en este recinto.

Accedimos gustosos porque aquel espectáculo altamente impresionante había puesto nuestros nervios en tensión. Aquello apenaba el alma y nos hizo experimentar una sensación extraña de malestar.

Al atravesar un patio contiguo tuvimos ocasión de conocer a la «soberana.»

Es una señora anciana, que viste de negro y oculta sus cabellos grises bajo una vieja toca de percal.

El señor Inspector trató de presentárnosla, pero ella se excusó diciendo:

—No quiero visitas. Yo soy una princesa encantada, hija de emperadores. Cuando de mi reino me traigan mis trajes podré recibirlos, ahora no. Una princesa encantada no puede recibir a nadie.

El pensionado de señoras está muy bien tenido. Posee espléndidos edificios, hermosos jardines y su comodidad responde a las necesidades del momento.

El nuevo pensionado recién habilitado, aunque en parte se encuentra inconcluso, posee un gran pabellón con capacidad para 120 personas. A continuación de él

se prosiguen con actividad nuevas construcciones y parques para destinarlos pronto al servicio.

El número de enfermas aumenta en forma considerable y en nuestra rápida visita pudimos imponernos con satisfacción del orden perfecto que reina en todas las reparticiones de este enorme establecimiento. Es difícil imaginar su importancia sin conocerle. Antes de retirarnos tuvimos ocasión de conocer al diputado boliviano señor Arce.

Su aspecto inspiraba lástima y pena.

Nuestro informante nos dijo:

—Se encuentra aquí hace algún tiempo. Al principio el gobierno, mejor dicho el congreso boliviano, le pagaba su pensión pero después lo olvidaron. Ahí lo tienen ustedes entre los aliados indigentes.

—¡Qué triste! exclamamos estrechándole la mano.

—Y puedo agregarles, exclamó el señor Gómez, que no toda la gente que hay aquí es pobre. Hay abogados, profesionales, personas

que poseen grandes fortunas y a quienes nadie atiende.

Pobres, muertos en vida a quienes ya no les queda ni el afecto familiar! Pobres, enfermos del cerebro que han sufrido hasta el despojo de sus bienes materiales!

Volvimos de nuevo a recorrer el laberinto de pasadizos y callejones y al retirarnos, después de agradecer la atención del señor Gómez, nos llevamos una impresión penosa y amarga de esa pequeña ciudad de la locura.

X.



La soberana de Inglaterra que se cree una princesa encantada.



LOS ALIENADOS DEL PABELLÓN NUEVO N.º 4, DURANTE EL ALMUERZO.